El nivel de agresividad que muestran los colombianos a través de las redes sociales es indiscutible. Especialmente la que despierta la política, lamentablemente. Más tarda en salir el sol que las replicas con duro ataque, alevosos, en muchos casos, contra quienes hacen criticas o simplemente comentan el diario vivir.

Estos hacen uso de la terminología más ruin o displicente posibles para expresar la ira desatada. Reaccionan como la sierpe que pisa por accidente un distraído transeúnte. No controvierten, ni intercambian argumentos, solo lanzan acusaciones, como gil pretensioso.

Lo común es la crucifixión de quien escriba de algo o de alguien. Con ímpetus de venganza saltan de sus escondrijos secretos (una gran parte usa motes para no revelar su verdadera identidad) sobre el entrometido que les contradice, sin reparar en las consecuencias. Bajo el argumento insulso de la conspiración o la persecución política, muchos escudan su zarpazo contra aquellos que osan dudar de sus palabras o hechos. Como si las ideas fueran indiscutibles y la verdad tuviese dueños.

No hay duda de que la gente puede hacer lo que le plazca en las redes sociales, pero decir solo basura profana y obscena delata un profundo desafecto por la condición humana de los intérpretes u opinadores y un escaso nivel de educación y léxico. Y refleja la huella profunda que ha dejado en los corazones y la mente de todos, la violencia de los últimos 50 años.

No por ello, ni más faltaba, hay necesidad de prohibir las burlas e insultos, lo inculto y ofensivo,

que circula por las redes sociales pues se entiende perfectamente que son parte del derecho a la libertad de expresión ciudadana, pero no puede ser eterno ese modo casi fanático de ventilar nuestras diferencias.

La colombiana es una sociedad incapaz de reconocer sus propias culpas. Lo vemos a diario. En la red es donde más se percibe esto. Poquísimas veces hay disculpas y recapacitaciones o perdones por las salidas de tono o los equívocos que provocan normalmente las emociones, por el contrario, las heridas se dejan vivas hasta que haya oportunidad de la retaliación. Como si lo cortés quitara lo valiente.

Es de anotar que las insolencias e irrespetos que pululan en la red no son del todo espontáneas o producto de una simple reacción emocional de la gente, en gran número, sino una acción calculada de expertos en enlodar injustamente la vida ajena, dispuestos a manipular la opinión pública. De ello tuvimos prueba en la pasada campaña presidencial —en ambas vueltas— que dejó al descubierto el empleo de recursos indignos como los hackers para contrarrestar con mensajes ignominiosos al oponente o inventarle pilatunas y mancillar arbitrariamente la imagen y la reputación del contrario. A estos últimos no hay que comerles cuento.

COLETILLA: "*Aunque la posibilidad de ofender unas sensibilidades u otras debe estar amparada por la ley, se puede discutir sobre si es conveniente* ." —Daniel Gascón.
@nadimar65